

DIVULGACIÓN: Extraño experimento científico

[INDICE DIVULGACION](#) - [INDICE ZAPPING](#) - [PRINCIPAL](#) - [NOTICIAS](#)

El Experimento Stanford

por **Marcelo Dos Santos** (especial para Axxón)

www.mcds.com.ar

Domingo 14 de agosto de 1971.

Un auto patrulla del Departamento de Policía de Palo Alto, California, estaciona frente a una casa de aspecto normal. El oficial se baja, llama a la puerta, y al ser atendido por una persona joven, procede a arrestarla por violación de los artículos 211 y 459 del Código Penal: robo a mano armada y hurto.

El sorprendido joven queda atónito cuando el policía le lee sus derechos tal cual los enumera la Declaración Miranda ("Tiene derecho a guardar silencio; todo lo que diga puede ser usado en su contra..."), lo esposó, lo palpa de armas, lo aloja en el asiento trasero de la patrulla y lo traslada al Departamento de Policía con la sirena encendida.

Una vez en la central, se lo ingresa formalmente en el libro de entradas, se le toman las impresiones digitales, se le vuelve a leer la Miranda, se lo identifica, se lo fotografía de frente y perfil, se lo desnuda, se le despioja, se le vendan los ojos y se lo aloja transitoriamente en una celda a la espera de su traslado a una prisión.

El policía que conducía el patrullero no presencié el procedimiento: esa mañana de agosto de 1971 demostró estar sobrecargada de trabajo para él. Tuvo que llevar a cabo 11 detenciones más, casi todas de jóvenes varones, de raza blanca, estudiantes universitarios y de clase media o medio-alta.

Doce sospechosos arrestados en total, todos ellos por los mismos crímenes. Doce muchachos esperando en sus celdas a ser trasladados ese mismo día.

La prisión a que se los destinaba era muy extraña: por empezar, estaba situada en los sótanos del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford.

Tanto ella como los guardias, los prisioneros y las autoridades penitenciarias no eran lo que parecían ser. Todos formaban parte de un extraño estudio científico que, andando el tiempo, llegaría a ser conocido como "El Experimento de la Prisión de Stanford".

El financiamiento del experimento corrió por cuenta de la Armada de los Estados Unidos, que estaba sufriendo graves motines, revueltas y peleas de prisioneros en sus propias prisiones militares, tanto de la Marina en sí como del Cuerpo de Marines (Infantería de Marina).

El objeto del estudio era averiguar cuáles eran las relaciones exactas entre guardias y prisioneros, y cómo se establecían las redes jerárquicas en un entorno de privación de la libertad. Además, los investigadores deseaban probar su hipótesis de que, en una prisión real, los guardias y los prisioneros se autoseleccionaban en una espiral descendente que conducía a empeorar las condiciones institucionales.

Explicaremos esto: la autoselección es un fenómeno social que dificulta y complica las cosas, especialmente en ciencias como la demografía, la economía, la sociología, la psicología y el marketing. Si una provincia tiene mejores subsidios a la pobreza que otra, los pobres de esta última tenderán a emigrar a la que ofrece mejores beneficios. Por ello, la provincia más generosa se verá sobrecargada por un incesante flujo de indigentes que antes vivían en la provincia vecina, y tarde o temprano se verá obligada a bajar los subsidios. Comenzará entonces una **carrera para peor**, en que ambas provincias competirán para empeorar el tratamiento que dan a sus pobres para que estos no se vean tentados a mudarse.

Pongamos otro ejemplo: en una universidad se tomará un examen, y los estudiantes tienen la posibilidad de optar entre tomar un curso previo o no hacerlo. Realizada la prueba, se observa que los que tomaron el curso presentan resultados notablemente superiores a los que no lo hicieron. Por supuesto que el éxito de los primeros se atribuye a las bondades del curso y sus profesores. Sin embargo, se puede demostrar que los estudiantes más inteligentes, trabajadores y estudiosos tienden a aceptar seguir el curso previo mucho más que los estúpidos, haraganes y poco inclinados al estudio. Atribuir el éxito al curso es una opción simplista, que sencillamente está ignorando la autoselección de los estudiantes más inteligentes por tomar el curso de apoyo. Hay una diferencia constitucional que la evaluación no está tomando en cuenta: el curso no los ayudó en la medida que se creería. Simplemente unos eran mejores que otros. Circunstancias como esta hacen que, por ejemplo, el marketing de consumo arroje muchas veces resultados erróneos.

De tal modo, en Stanford se intentó demostrar que la mala conducta de los presos era consecuencia del maltrato de los guardianes, que, por lo tanto, se volvían peores aún con los rebeldes, que a su vez se hacían recalcitrantes, degenerando en una espiral de violencia mutua que, según los científicos, era la causa original de los problemas en las prisiones navales y, por extensión, en todas las instituciones penitenciarias.

El diseñador y director del procedimiento experimental fue el profesor Philip G. Zimbardo, del Departamento de Psicología de la universidad. Lo acompañaba un equipo de investigadores, médicos, psicólogos, sacerdotes y estudiantes. Además, contó con el apoyo del verdadero Departamento de Policía, que ejecutó sobre los prisioneros el procedimiento legal real que hemos relatado.



Philip Zimbardo

Los participantes en el experimento fueron reclutados mediante un aviso publicado en el diario *Stanford Daily*. El aviso decía sencillamente: "Se buscan estudiantes universitarios de sexo masculino para participar de un estudio psicológico sobre la vida en prisión. Pago: 15 dólares al día por 1 o 2 semanas".

Respondieron al aviso 75 hombres jóvenes. Zimbardo y su equipo los entrevistaron a todos individualmente y les realizaron exámenes médicos y test psicológicos, descartando en una primera fase a los que presentaban enfermedades, problemas psicológicos o antecedentes de abuso de drogas. Los 24 que demostraron ser los más estables en todos los sentidos fueron retenidos para participar en el estudio. "En cada sentido que fuimos capaces de medir, reaccionaron en forma normal", explica el psicólogo.

La muestra estaba compuesta, entonces por jóvenes sanos y normales, estudiantes universitarios inteligentes, blancos, de clase media, norteamericanos y canadienses, todos residentes de los alrededores de Palo Alto. No había entre ellos diferencias significativas en ningún sentido, al menos hasta el inicio del experimento.

Antes de comenzar el mismo, los 24 jóvenes fueron divididos en dos grupos: "guardias" y "presos". Los participantes no presenciaron el acto de tomar la decisión. Fue hecho en privado y mediante un procedimiento de selección completamente al azar: lanzando una moneda. De este modo, la mitad se convirtió en agentes penitenciarios y la otra en reos.

A los que recibieron el estatus de prisioneros se los envió a su casa diciéndoles que esperaran tranquilos a que se les hiciera una visita. Esa visita fue la del oficial de policía que al día siguiente los apresó sin mediar palabra.

Desde un principio se les entregó un instructivo que decía que los prisioneros vivirían confinados mientras que los guardias cumplirían turnos de 8 horas antes de regresar a sus hogares, y se les exigió firmar un contrato y un formulario de conformidad donde declaraban relevar de toda responsabilidad a Zimbardo, a los experimentadores, a la universidad y al mismísimo gobierno federal norteamericano (recordemos que el experimento fue motorizado y pagado por la Armada). Mal comienzo.

Los prisioneros fueron retirados de sus celdas en la central de policía en el estado en que se encontraban y, aún con los ojos vendados, trasladados uno por vez a la prisión falsa, denominada "Prisión del Condado de Stanford". Allí fueron recibidos por un guardia, quien les informó de la gravedad de su crimen y del hecho de que a partir de ese momento se convertían legalmente en prisioneros. Según el propio Zimbardo, todos se encontraban "en estado de moderado shock después de su sorpresivo arresto".

A continuación, cada preso fue desnudado de nuevo, revisado y desinfectado con un spray insecticida. El procedimiento fue adoptado luego de examinar una serie de fotos reales obtenidas en una prisión de Texas.

Acto seguido, se leyó a los futuros prisioneros el reglamento de la prisión.

El mismo decía:

1) Los prisioneros guardarán silencio durante las horas de descanso, luego de apagadas las luces, en los horarios de comidas y en toda circunstancia excepto en el patio de la prisión.

2) Los prisioneros comerán en los horarios de comida y sólo en esos momentos.

3) Los prisioneros deben participar de todas las actividades de la prisión.

4) Los prisioneros deben mantener sus celdas limpias en todo momento. Las camas estarán siempre hechas y los efectos personales ordenados y organizados. El piso permanecerá limpio.

5) Los prisioneros no pueden mover, estropear, escribir ni dañar paredes, pisos, ventanas, puertas ni ninguna otra propiedad de la prisión.

6) Los prisioneros no pueden encender ni apagar las luces.

7) Los prisioneros se llamarán entre sí solamente por sus números.

8) Los prisioneros se dirigirán a los guardias exclusivamente como "Señor Oficial Correccional" y al alcaide como "Señor Oficial Correccional En Jefe".

9) Los prisioneros no pueden referirse a su condición como "experimento" o "simulación". Están sentenciados a prisión hasta que se decrete su libertad bajo palabra.

10) Se autorizará a los prisioneros a utilizar el sanitario durante 5 minutos. Los prisioneros no podrán volver a él hasta pasada una hora desde su último uso.

11) Fumar es un privilegio. El hábito de fumar sólo se autorizará después de las comidas y a discreción de los guardias. Los prisioneros no pueden fumar en sus celdas. Toda violación a esta norma se castigará con la revocación del privilegio de fumar.

12) El correo es un privilegio. Toda carta que entre o salga de la prisión será inspeccionada y censurada.

13) Las visitas son un privilegio. Los prisioneros autorizados a recibir visitas sólo pueden ver al visitante en la puerta del patio. Las visitas serán supervisadas por un guardia, quien podrá terminar la visita a su albedrío.

14) Cuando los prisioneros estén en sus celdas, deberán ponerse de pie toda vez que se hagan presentes el Alcaide o el Superintendente de la prisión, y esperarán a que se les ordene sentarse y reanudar sus actividades.

15) Los prisioneros tienen que obedecer las órdenes impartidas por los guardias en todo momento. Las órdenes de los guardias tienen jerarquía superior a la de cualquier orden escrita. Las órdenes del Alcaide tienen prioridad por sobre las de los guardias. Las órdenes del Superintendente tienen la prioridad sobre todas las anteriores.

16) Los prisioneros obligatoriamente denunciarán ante los guardias cualquier violación a las normas.

17) La violación de cualquiera de estas normas será castigada.

Luego de leído el reglamento, un guardia dijo a los prisioneros: "Los prisioneros forman parte de la comunidad correccional. A fin de mantener esta comunidad organizada, deberán obedecer las siguientes reglas", a lo que siguió una segunda lectura de la normativa.

Tras ello, se entregó a cada prisionero un uniforme: una especie de "vestido" abierto (no los monos u overoles normales en las prisiones norteamericanas) y confeccionado en muselina, con el número del prisionero impreso en pecho y espalda. Este vestido debía usarse sin ropa interior debajo, por lo que los prisioneros pronto aprendieron a evitar que se les vieran las partes nobles. "Los presos varones verdaderos no usan vestidos", declara Zimbardo, "pero sí sienten humillación y se ven a sí mismos emasculados. Nuestro objetivo era producir el mismo efecto en forma rápida, obligando a varones a usar ropa femenina sin ropa interior debajo. Apenas les pusimos los uniformes, observamos que comenzaron a caminar, pararse y sentarse de forma diferente, más como las mujeres que como hombres".

Como único calzado se les entregaron sandalias de goma completamente planas, que obligaban a los penados a caminar de modo diferente. Se les obligó a cubrirse la cabeza con una media de mujer para simular estar rapados, y se les colocó un pesado tramo de cadena en el tobillo, con varias vueltas y asegurado con un candado, que estaban obligados a usar en todo momento y lugar. "Lo hicimos para recordarles lo opresivo de su situación. Ni siquiera cuando dormían podían escapar de esa opresividad. Cuando giraban en la cama, la cadena golpeaba el otro tobillo, despertando al prisionero y recordándole que seguía en prisión, de donde no podría escapar ni aún en sueños".



La infame cadena del tobillo

Como se observa, todo el procedimiento de admisión estaba diseñado para quebrar la personalidad y la individualidad del prisionero. Como la longitud y el estilo del corte de cabello forman parte de la expresión de la personalidad individual, el dramático cambio de aspecto que conlleva afeitarse la cabeza (o llevar una media) sume al individuo en el anonimato de la masa. Si a esto sumamos que se le quita hasta su nombre y se convierte en un mero número, su situación psicológica se vuelve mucho más angustiada y traumática.

Los guardias, por su parte, no recibieron ningún entrenamiento específico respecto de su misión: apenas una reunión informativa en la que no se les dio instrucción formal alguna. Simplemente se les prohibió ejercer violencia física y se les dijo: "Ahora es su responsabilidad gobernar esta prisión, y pueden hacerlo del modo que les parezca más adecuado". Zimbardo agregó: "Pueden crear en los prisioneros sentimientos de aburrimiento y de miedo hasta cierto grado. Pueden crear una sensación de arbitrariedad, de que sus vidas están totalmente controladas por nosotros, por el sistema, por ustedes, por mí, y de que no tienen privacidad. Vamos a quitarles su individualidad de muchas maneras. En general, todo esto lleva a un sentimiento de impotencia. Será una situación donde **nosotros tendremos todo el poder y ellos nada**".



Uno de los temibles carceleros

Además de no instruir a los carceleros, se les inculcó el miedo a los prisioneros. Dice Zimbardo: "Sin embargo, se les advirtió de lo potencialmente serio de la misión a la que estaban a punto de enfrentarse y de los posibles peligros de la situación en la que se encontrarían, tal cual como les pasa a los guardianes verdaderos que voluntariamente ingresan en un empleo tan peligroso".

A continuación se les permitió redactar su propio reglamento, y se los trasladó a un almacén de suministros de la Marina para que eligieran sus uniformes y equipo. Ellos escogieron uniformes militares de color caqui, bastones antimotines (suministrados por la policía de Palo Alto, aún ansiosa por colaborar en el proyecto) y un silbato en torno al cuello. Para completar el atuendo, Zimbardo les pidió que utilizaran todo el tiempo anteojos espejados, lo cual impedía a los prisioneros establecer contacto visual y convertía el hecho de intentar leer las emociones en los rostros de los guardias en una tarea casi imposible.



La reunión de los doce guardias con Zimbardo (de pie)

"Como en el caso de los prisioneros reales", explica el psicólogo jefe, "**nuestros prisioneros** debían esperar ser molestados, perder su privacidad y ver violados algunos otros de sus derechos civiles mientras estuvieran en prisión y ser alimentados con una dieta mínimamente adecuada. De todo ello fueron informados en el compromiso que firmaron y mediante el cual accedieron a ser aceptados como voluntarios". Obsérvese cuidadosamente el uso de las palabras por Zimbardo: "nuestros prisioneros". Así, sin anestesia.

Respecto de la dieta, la hoja informativa que fue entregada a los participantes dice textualmente: "Se proveerá a los prisioneros de una alimentación y ciertas comodidades que alcancen **requerimientos mínimos de nutrición, salud y sanidad**".

Los investigadores habían reclutado como asesor técnico a Carlo Prescott, un ex convicto negro que había pasado 17 años en la "Zona Hispana" de la prisión de San Quintín. Prescott informó a las autoridades del experimento de su propia experiencia como convicto institucionalizado, sirviendo de guía acerca de lo que debía y no debía hacerse en Stanford.

Siguiendo las indicaciones de Prescott y de otros ex convictos y guardianes reales que este les presentó, los investigadores construyeron la Prisión de Stanford cerrando todo el largo pasillo del sótano del Departamento de Psicología de la universidad con barras y rejas por ambos extremos. Este corredor sería "El Patio", único lugar donde los prisioneros podrían comer, caminar o hacer ejercicio. El otro único movimiento posible era ir al baño,

saliendo del pasillo y pasando por un salón. Eran conducidos allí **con los ojos vendados**, para que no conocieran el camino para salir del sótano.

Las celdas en sí fueron construidas en pequeños laboratorios, a los que se reemplazaron las puertas por barras de acero. Cada una de ellas tenía una placa con su número.



Prisionero en su celda

En un extremo de la construcción se practicó un pequeño orificio por donde los psicólogos podían filmar a los prisioneros. En el otro lado se dispuso un pequeñísimo cubículo que, como en las prisiones reales, se llamaría "El Agujero": la infame y temida celda de confinamiento solitario o celda de castigo. Medía solamente 61 x 61 centímetros y era apenas alta como para que el reo pudiese ponerse de pie. La confeccionaron con un viejo armario.



Encerrando a un prisionero en la celda de castigo.

Obsérvese el exiguo tamaño del armario

Se instaló un sistema de intercomunicación que los prisioneros desconocían, a fin de grabar secretamente sus conversaciones. Se pusieron también altavoces para darles órdenes en conjunto.

Se evitaron cuidadosamente las ventanas y por supuesto los relojes. De este modo, los prisioneros no podían percibir correctamente el paso del tiempo, lo que, en palabras del "Superintendente" Zimbardo "resultó en algunas experiencias de distorsión cronológica".

La Prisión de Stanford estaba lista, entonces, para recibir a sus infortunados huéspedes.

El lugar era tan pequeño que la universidad no pudo utilizar a los doce guardias y a los doce prisioneros: serían sólo nueve de cada grupo. Los guardias trabajarían de a tres en tres turnos de ocho horas, mientras que los presos vivirían de a tres en tres celdas. Estas tenían el espacio estrictamente necesario para albergar los tres colchones, y apenas nada más. Los tres guardias y los tres prisioneros sobrantes fueron enviados a sus casas para ser llamados si era necesario.

Así las cosas, el experimento comenzó.

A las 2:30 de la madrugada del primer día de confinamiento, los presos fueron rudamente despertados con silbatos y ruido, para el primero de una interminable serie de "conteos de prisioneros". El objetivo de estos recuentos (por lo demás inútiles, ya que eran sólo nueve internos) era familiarizarlos con sus números de serie. "Pero lo más importante", recuerda Zimbardo, "era ofrecer a los guardias una oportunidad para ejercer su poder sobre los prisioneros. Al principio los reclusos no habían asumido del todo su papel y no tomaban los recuentos con la seriedad debida. Aún trataban de reafirmar comportamientos independientes. Los guardianes, por su parte, se sentían fuera de sus roles y no sabían exactamente cómo aplicar su autoridad frente a los prisioneros. Este fue el comienzo de una serie de enfrentamientos directos entre guardias y reclusos".

Ante la menor provocación, los guardias castigaban a los presos obligándolos a realizar "lagartijas" o extensiones de brazos. Pero los psicólogos no estaban conformes: "Cuando vimos a los guardias exigir extensiones de brazos, nos pareció que era una clase de castigo muy leve, algo mínimo, un castigo juvenil. Sin embargo, luego supimos que las extensiones de brazos eran el tipo de castigo inflingido por los nazis a los prisioneros de los campos de concentración, como claramente se ve en los dibujos del artista Alfred Kantor, sobreviviente del holocausto. En uno de los dibujos incluso se ve a un guardia pisando la espalda del prisionero mientras realiza el ejercicio".



Una interminable sesión de flexiones.

De pie, un prisionero es obligado a cantar a voz en cuello

Así terminó el primer día.

El motín se desató en la mañana del segundo día. Los guardianes fueron tomados por sorpresa por una gran rebelión que incluyó a los nueve reclusos. Los prisioneros se quitaron las medias de la cabeza, arrancaron los números de sus uniformes y formaron barricadas en las puertas de sus celdas, colocando contra ellas los resortes de sus camas.

Los guardias del turno saliente -el de la noche- estaban enfadados y sumamente frustrados por los insultos que les dedicaban los internos. Al llegar los guardias del turno de la mañana y descubrir el motín a su vez, ellos también se enfadaron con sus compañeros del turno de la noche, diciéndoles que el problema había sucedido porque "ellos habían sido demasiado tolerantes". Zimbardo manifiesta que "Los guardias tuvieron que lidiar ellos solos con la situación, y lo que hicieron fue fascinante de observar".



Uno de los dibujos de Kantor

Los seis guardias presentes exigieron al Alcaide (el estudiante no graduado David Jaffe) que se les enviaran refuerzos. En consecuencia, los tres guardias "suplentes" fueron llamados con urgencia y se presentaron a prestar servicio sin exigir retribución alguna. Los ahora nueve guardias, pues, debatieron cómo harían para quebrar la rebelión.

Cuando Zimbardo solicitó permiso para efectuar su experimento a la Junta de Investigación Sobre Sujetos Humanos de la universidad, la misma lo instó a instalar extinguidores en la prisión, preocupada por un posible incendio.

Los guardianes echaron mano de los mismos y sometieron a los presos rociándolos con el helado polvo químico, haciéndolos retroceder hasta el fondo de sus celdas. Luego, penetraron violentamente en los calabozos, desnudaron a los prisioneros, les quitaron las camas y encerraron a los cabecillas del motín en el armario de confinamiento solitario. Luego, todos se dedicaron a humillar y presionar a los reclusos.



Prisionero desnudo y encapuchado

La rebelión había sido aplastada en un momento, pero ese momento sólo llegó cuando los guardianes fueron nueve. En otras palabras: tres de ellos nunca hubieran podido reducir a los nueve amotinados. ¿Cómo evitar que el problema reapareciera? La solución obvia era mantener nueve hombres trabajando todo el tiempo, pero ello caía fuera de los límites del presupuesto de la investigación.

Entonces, uno de los guardias dio con la solución: "Ustedes son psicólogos", dijo. "Usemos tácticas psicológicas en lugar de tácticas físicas". Zimbardo dice: "La tal táctica psicológica fue acondicionar una de las celdas como celda de privilegio. Los tres prisioneros menos identificados con la rebelión fueron trasladados a ella, se les devolvieron sus uniformes, se les devolvieron sus camas y se les permitió lavarse y cepillarse los dientes. A los otros se les denegó todo ello. Además, los tres privilegiados recibieron comida especial que les hacíamos comer en presencia de los demás presos, a los que forzamos a pasar hambre, porque comer se convirtió en un privilegio. El efecto de esto fue quebrar la solidaridad entre los prisioneros".



Prisionero en la celda de privilegio

Esta situación duró doce horas. Luego de eso, los guardias tomaron a varios de los prisioneros "buenos" y los devolvieron a las celdas de los "malos", otorgando la celda de los privilegiados a tres de los "malos" para confundir a los reclusos. De este modo, los líderes del motín se convencieron de que algunos de sus camaradas eran traidores e informantes de los guardias. La confianza entre los presos desapareció para siempre.

Prescott se mostró de acuerdo con esta cruel metodología: según él, los guardias de las prisiones reales la ejecutan sobre los prisioneros para evitar que se alíen entre sí. En los Estados Unidos, el sistema involucra al racismo: se pone a los blancos contra los negros, a ambos contra los hispanos, etc. Zimbardo declara que en las prisiones reales la mayor amenaza para los prisioneros son los otros prisioneros. Al promover la agresión entre los prisioneros, los guardias lograban desviar esa agresión de sí mismos.

El amotinamiento tuvo -desde el punto de vista de los investigadores- otra importante consecuencia: "Produjo una gran solidaridad entre los guardianes. Ya no era más una simulación; había dejado de ser un experimento. Ahora veían a los prisioneros como generadores reales de

problemas, como personas que querían ejercer violencia sobre ellos, que en verdad deseaban hacerles daño. En respuesta a ello, los guardias comenzaron a profundizar en sus grados de control, vigilancia y agresión contra los prisioneros".

Las humillaciones y las denigraciones hacia los prisioneros comenzaron a ser cada vez peores, a medida que todos y cada uno de los aspectos de la vida de los internos era tomado en manos de los guardias. Incluso el sencillo hecho de ir al retrete se convirtió en un privilegio. Luego de apagar las luces por la noche, se entregaba a cada celda un balde, donde los prisioneros eran obligados a orinar y defecar. Luego se les prohibió vaciar los baldes, con lo que la prisión se llenó del olor a orina y a materia fecal. Esto estaba en consonancia con la degradación general que comenzó a sufrir el ambiente carcelario. El experimento se estaba saliendo de control, y el síntoma más claro era la extrema suciedad que imperaba en aquel subsuelo.

Especialmente crueles fueron los guardias con el cabecilla del motín, el prisionero número 5401. Era un gran fumador, y se lo torturaba negándole el permiso para hacerlo. Al censurar su correspondencia, los investigadores descubrieron que se trataba de un activista radical, que había ingresado al experimento con la esperanza de denunciarlo después, porque creyó que se trataba de una investigación de la universidad para coartar las actividades de grupos como el suyo. Incluso había arreglado la venta de su informe a un periódico underground. Luego de los castigos y las humillaciones, escribió una carta a su novia donde le contaba que estaba muy orgulloso de haber sido elegido jefe de la Comisión Interna de la Cárcel del Condado de Stanford. A tal punto había llegado en la internalización de su papel de preso que de hecho había fundado un órgano de reclamo ante las autoridades.

El experimento era cruel y peligroso, y pronto comenzó a dar pruebas claras de ello. Tras apenas 36 horas de iniciado, el prisionero número 8612 sufrió un disturbio emocional agudo, caracterizado por pensamiento desorganizado, llanto incontrolable y ataques de furia. Pero Zimbardo y los suyos no se conmovieron: "A pesar de lo que le pasaba, nosotros ya pensábamos como los agentes correccionales reales: creímos que estaba tratando de engañarnos, haciéndose el loco para lograr su libertad". Pero igualmente lo hicieron entrevistar con uno de los consultores de la prisión. En lugar de ayudarlo, el consultor lo llamó gallina, lo despreció por ser tan débil y le dijo que pensara en cómo abusarían de él los guardianes de San Quintín. Dicho esto, **le ofreció inmunidad frente a los abusos de los guardias a cambio de convertirse en informante de la dirección.**



Prisioneros encapuchados

Durante el siguiente recuento de prisioneros, 8612 ya decía a sus compañeros: "No vas a salir de aquí. No hay forma de renunciar". Poco después, recrudecieron los ataques de furia, los gritos, los llantos, las maldiciones, los ataques de locura. "Nos costó bastante darnos cuenta de que en verdad estaba sufriendo y que debíamos liberarlo".



Prisionero 8612

Al día siguiente correspondía visita. La distorsión de todas las percepciones por parte de guardias y prisioneros se había extendido ya sin medida a las autoridades del experimento. Temerosos de que viendo el estado lamentable en que se encontraba la cárcel los padres retiraran a sus hijos del programa (muchos era aún menores de edad), Zimbardo y los suyos decidieron apelar al recurso extremo: el engaño y la mentira. Escuchemos sus propias palabras: "Manipulamos tanto a la situación como a los visitantes, haciendo que el entorno penitenciario pareciese plácido y tranquilo. Bañanos, afeitamos y peinamos a los prisioneros, los obligamos a limpiar sus celdas, les dimos una excelente comida, pusimos música por los altoparlantes e incluso trajimos a una bella ex bastonera de la universidad, Susie Phillips, para que hiciera de recepcionista en el mostrador de recepción. Cuando llegó la docena de visitas, de buen humor ante lo que parecía ser una experiencia nueva y divertida, los quebramos a ellos también mediante técnicas de control de situación. Los obligamos a registrarse, los hicimos esperar media hora, sólo les dejamos ver a un prisionero a cada uno y limitamos la visita a unos estrictos diez minutos, todo bajo la mirada vigilante de un guardia. Pero antes de poder ver a su preso, debieron discutir el caso penal de sus hijos con el Alcaide. Por supuesto que los padres se quejaron de este procedimiento pero, sorprendentemente, se avinieron a cumplir con él. Así que ellos también se

convirtieron en actores de nuestro drama carcelario, ellos, buenos ciudadanos adultos de clase media".



Entrevista de 8612 con las autoridades

Por cierto que algunos se mostraron desesperados al ver el estado en que se encontraban sus hijos, pero su reacción fue operar dentro del sistema, apelando al Superintendente (Zimbardo) para que mejorara las condiciones de detención de sus hijos. Así, solían producirse diálogos como este:

Madre: Nunca vi a mi hijo tan mal...

Zimbardo: La culpa es de su hijo. Pero dígame: ¿qué le sucede? ¿No duerme bien? (Y al padre): ¿Le parece que no va a soportar esto?

Padre: Claro que lo soportará. Es un muchacho duro, con pasta de líder. (A la madre): Vámonos, ya perdimos demasiado tiempo aquí. (Y a Zimbardo): Nos vemos el próximo día de visita.

Un guardia, algunas horas después, escuchó a los prisioneros hablando sobre algo que puso los pelos de punta a los investigadores: existía un rumor sobre una fuga masiva. Según denunció el guardia, el prisionero 8612, quien había sido liberado la noche anterior, había organizado un grupo de revolucionarios radicales que asaltarían la prisión luego del próximo día de visitas y liberarían a todos los prisioneros.

Dice Zimbardo: "¿Cómo piensan que reaccionamos a este rumor? ¿Creen que registramos el esquema y nos preparamos para observar la intentona de fuga? Por supuesto, eso es lo que debíamos haber hecho si nos hubiésemos comportados como psicólogos sociales experimentales. En cambio, reaccionamos con miedo y preocupación acerca de la seguridad de nuestro presidio. Tuvimos una reunión para definir nuestra estrategia entre el Superintendente, el Alcaide y uno de los tenientes, Craig Haney, para ver cómo haríamos para impedir la evasión". Con honestidad, el psicólogo reconoce que toda ambición científica había quedado relegada. Ya no era un

investigador haciendo un experimento: ahora era un director de penal ante la perspectiva de una fuga masiva.

En la reunión se dispuso introducir a un informante infiltrado en la celda que había ocupado 8612, para obtener información acerca del escape. Para completar su estrategia, **iZimbardo en persona fue al departamento de policía y rogó al jefe que le permitiera trasladar a sus prisioneros a la cárcel real para impedir la fuga!** El jefe policial se negó, aduciendo que la compañía de seguros no permitiría que se encarcelara a personas que no tenían sentencia judicial en sus cabezas. "Me retiré de allí, furioso y disgustado por la falta de colaboración entre **nuestras dos cárceles**. Evidentemente, yo había caído también en las garras de mi papel".

Descartada la posibilidad de encerrarlos en una cárcel verdadera, el plan de las autoridades degeneró en una locura cada vez mayor: "Decidimos desmantelar la cárcel inmediatamente después de concluida la visita, llamar a todos los guardias, encadenar a los prisioneros unos con otros, ponerles bolsas en la cabeza y trasladarlos a un almacén del quinto piso. Cuando vinieran los conspiradores, yo estaría sentado en el sótano, solo, y les diría que el experimento había sido cancelado y los prisioneros enviados a sus casas. Ya no había nadie a quien liberar. Después que se fueran, volveríamos a construir nuestro presidio con el doble de rejas, el doble de guardias, el doble de puertas y el doble de seguridad. Luego, secuestraríamos a 8612 y lo meteríamos en prisión de nuevo, porque nos había engañado, lo suyo había sido un pretexto para salir de prisión y planear aquello".

En efecto la prisión fue desmantelada y los presos trasladados al almacén. Zimbardo se quedó solo tal como había sido dispuesto, esperando con ansiedad a que llegaran los intrusos. Pero, para su sorpresa, quien llegó fue su colega Gordon Bower, compañero suyo de estudios y ya graduado. Había escuchado sobre un extraño experimento que se desarrollaba allí y decidió dejarse caer para dar un vistazo. Zimbardo le explicó lo que estaba haciendo, y Bower preguntó: "Ah, muy bien. ¿Y cuál es la variable independiente del experimento?". Zimbardo se puso furioso con su amigo: "¡Tengo una fuga en proceso! ¡La seguridad de mis hombres y la estabilidad de mi prisión están en peligro, ya hora tengo que lidiar con este blando, liberal, débil, que me viene con sus cuestionamientos académicos, queriendo saber cuál es la variable independiente de mi protocolo de experimentación! No fue hasta mucho tiempo después que me di cuenta de que yo no era más un investigador, sino que me había convertido en el verdadero director de un establecimiento penal".

La liberación de los prisioneros nunca ocurrió. El rumor demostró ser sólo eso: un rumor. Pero las autoridades habían invertido un enorme esfuerzo en él. Habían destruido su prisión, rogado ante la policía, trasladado a los prisioneros y ahora tendrían que volver a construir todo de nuevo, pero dos veces más seguro... "Alguien tendría que pagar por ello", declara Zimbardo.



Limpiando los inodoros con las manos

Los guardianes aumentaron considerablemente su nivel de violencia sobre los prisioneros, obligándolos a limpiar los retretes con las manos desnudas, y aumentando la duración de las sesiones de ejercicios físicos -lagartijas y saltos de rana- a varias horas cada vez.

Zimbardo invitó entonces a un sacerdote católico que había sido capellán de una prisión, para que evaluara qué tan realista era la simulación de Stanford. El capellán habló uno por uno con cada prisionero. Para sorpresa de Zimbardo, ninguno de ellos se presentó por su apellido, **sino por su número**. Luego de conversar, el cura les preguntó: "Hijo, ¿qué estás haciendo para salir de aquí?". Ante la confusión de los presos, les explicaba que la única forma de salir de prisión no era portándose mal sino con la ayuda de un abogado, y se ofrecía a contactar a los padres del preso con un defensor capacitado.



El sacerdote entrevistando a los prisioneros

El único prisionero que no quiso hablar con el sacerdote era 819, que se sentía enfermo, se negaba a comer y exigía un médico en lugar de un cura. Finalmente, Zimbardo lo convenció de salir de su celda y entrevistarse con él y con el religioso, para ver qué le sucedía en realidad. "Se puso a llorar histéricamente, así que le quité la media de la cabeza y la cadena del pie, y

lo hice acostar en un cuarto adyacente y ordené que se lo alimentara. Mientras lo hacía esto, los guardias se vengaron haciendo a los prisioneros formar una hilera y cantar a coro: `El prisionero 819 es un prisionero malo. Por culpa de los que hizo el prisionero 819 mi celda es un desastre, Señor Oficial Correccional´ más de una docena de veces".



819 en plena crisis emocional

Como ocurría que 819 podía escuchar el cántico desde donde se encontraba, Zimbardo corrió a la habitación y lo encontró llorando de nuevo, porque sus compañeros cantaba que él era un mal prisionero. "Le ofrecí retirarlo del experimento, pero se negó. Dijo que no podía irse ahora, porque sus compañeros decían que era un mal prisionero. Aunque se sintiera mal, quiso regresar a su celda y probar a los demás que él no era un mal prisionero".

Entonces, Zimbardo, recuperando un poco de cordura, le dijo: "Oye, tú no eres 819. Tú eres Fulano de Tal, y yo soy el doctor Zimbardo. Soy psicólogo, no superintendente penitenciario, y esta no es una prisión real. Esto es sólo un experimento, y esos son estudiantes, no prisioneros. Tú también. Vámonos".

819 dejó de llorar súbitamente, lo miró como un niño aliviado al ser despertado de una pesadilla y dijo simplemente: "Bueno. Vamos".

Al día siguiente comenzó un nuevo acto del drama: los prisioneros que se habían portado relativamente bien comparecieron ante el Comité de Libertad Condicional. Fueron encadenados juntos y sólo liberados para hablar con los componentes del comité, que estaba formado por personas ajenas a los prisioneros, como secretarias de departamentos y estudiantes graduados, y presididos por Carlo Prescott, el ex convicto real.

El comité ofreció a los presos la libertad bajo palabra a cambio del dinero que ganaban por participar en el experimento, y, como es fácil imaginar, casi todos aceptaron. Terminadas las audiencias, fueron devueltos a sus celdas mientras el comité deliberaba. Lo terrorífico del caso es que esperaban el dictamen del comité para salir de allí, cuando en realidad podían haber renunciado a seguir participando del experimento. Según Zimbardo, el motivo de esto es que estaban ya tan identificados con su papel **que ya no percibían su confinamiento como un experimento científico al que pudieran renunciar**. En sus mentes, era prisioneros reales, y sólo el sistema carcelario era capaz de dejarlos salir de allí a través de un Comité de Libertad Condicional.



Un "recuento": un prisionero es obligado a hacer flexiones

Tambié Prescott mostró cambios: **increíblemente, se convirtió en el más odioso e intransigente del comité**. Más tarde, él mismo reconocería que se odió cuando hizo eso, porque se dio cuenta de que **se comportó igual que el oficial de libertad condicional verdadero que se la negó a él mismo durante 16 años en San Quintín**.

Las libertades condicionales fueron denegadas.

Según Zimbardo, a aquellas alturas (quinto día del experimento), los guardias se habían dividido espontáneamente en tres grupos bien diferenciados: "Estaban los que eran duros pero seguían las normas de la prisión. Segundo, estaban los `tipos buenos´, que hacían pequeños favores a los presos y nunca los castigaba. En tercer lugar, estaban los que eran

hostiles, arbitrarios y creativos en sus formas de humillar a los prisioneros. Estos guardias en verdad disfrutaban su trabajo y el poder de que disponían, aunque ninguno de los tests previos fue capaz de predecir este desenlace".

La única relación entre los resultados previos y la conducta real en la prisión fue que los reclusos de rasgos más autoritarios resistieron mejor las duras condiciones de su confinamiento que los demás.

También los guardias recibieron apodos: al más brutal y cruel de todos ellos lo bautizaron "John Wayne". La referencia horroriza al más indiferente, porque el más degenerado de todos los guardianes del campo de concentración nazi de Büchenwald se apodaba "Tom Mix", una especie de John Wayne de los años 20.

Al principio, los prisioneros se rebelaban o intentaban defenderse de los guardias. Tres se quebraron emocionalmente (el 33% del total). Otro desarrolló una erupción psicósomática que obligó a otorgarle la libertad condicional. Pero la mayoría se adaptó a las circunstancias, intentando ser buenos prisioneros y obedeciendo el más absurdo capricho de los guardias. Uno de ellos recibió el sobrenombre de "El Sargento", por su modo absolutamente militar de cumplir las órdenes.

Pero, hacia el fin del estudio, los prisioneros se habían desintegrado como grupo y como individuos. Los guardias, por lo tanto, gozaban del absoluto control de la prisión y contaban con la obediencia ciega de los internos.

El prisionero 416 fue admitido en reemplazo de uno de los quebrados. Al revés que los prisioneros que estaban allí desde el origen y habían presenciado el gradual empeoramiento de las condiciones de detención, él no estaba preparado para lo que vio. Su horror fue instantáneo y completo. De inmediato quiso renunciar, pero los "prisioneros viejos" lo convencieron de que no había forma, de que la renuncia era imposible, la fuga una fantasía y que el único modo de salir de allí era el Comité de Libertad Condicional. "Esta es una prisión real", le decían a cada momento.

Pero él no se dejó amilanar, y empezó una huelga de hambre en toda regla. Luego de varios intentos infructuosos de alimentar por la fuerza a 416, los guardias lo dejaron encerrado en el armario de aislamiento por 3 horas, aunque el reglamento de la prisión establecía un tiempo límite de 1 hora. El 416 siguió, empero, negándose a comer.



El prisionero 416 (izq.) conversa, en un encuentro producido dos meses después del experimento, con "John Wayne", el más cruel de todos los guardias

En una prisión real, un preso así se hubiese convertido en héroe y líder de los demás. Pero no en Stanford. Allí lo catalogaron de buscaproblemas, y los guardias se aprovecharon de esto para quebrar al recalcitrante. Delante de él, se preguntó a los otros si entregaban sus mantas a cambio de que 416 volviese a la celda, pero ellos se negaron. Más tarde, las autoridades de la prisión intervinieron para sacarlo del estrecho ropero.

Durante la quinta noche, varios padres le dijeron a Zimbardo que un cura católico los había llamado diciéndoles que debían solicitar a un abogado que defendiera y obtuviese la libertad de sus hijos, y así lo exigieron del psicólogo. **Lo increíble es que Zimbardo lo llamó enseguida.** El abogado (defensor de oficio), interrogó minuciosamente a cada prisionero con la lista de preguntas estándar de la justicia californiana.

Pero los hechos se desbarrancaron completamente.

Por la noche, se había convencido a los guardias que no habían psicólogos observando y que las cámaras estaban apagadas. Los "malos" de entre ellos comenzaron, en esa quinta noche, a abusar despiadadamente de los prisioneros, incluso **en el sentido pornográfico** del término.

Los guardias "buenos" no intervinieron, y fue allí cuando Zimbardo decidió cancelar el trabajo ocho días antes de lo previsto: "Muchos de los prisioneros exhibían conductas patológicas, y varios de los guardias mostraban comportamientos sádicos clínicos. Ningún guardia, empero, quiso renunciar jamás, ninguno llegó tarde al trabajo, ninguno se reportó enfermo ni exigió paga extra por las veces que los llamamos fuera de horario".

Ese último día, una médica de Stanford recién recibida llamada Christina Maslach, ingresó a la prisión para entrevistar a los guardias y a los prisioneros. Lo primero que vio al llegar fue una fila de internos, semidesnudos y encapuchados, con los tobillos encadenados unos a otros, caminando lentamente cada cual con la mano en el hombro del que lo precedía. Preguntó al guardia qué era eso y el hombre le respondió: "Así es como conducimos a los prisioneros al sanitario".

Maslach puso el grito en el cielo; desesperada por las inhumanas condiciones del estudio, gritó a Zimbardo: "¡Es terrible lo que les está haciendo a estos chicos!". De inmediato el investigador canceló, al sexto día, el Experimento Stanford, que se suponía debía durar 14. La prisión fue desmantelada y los convictos liberados el 20 de agosto de 1971.

Como dato importante, cabe aclarar que 50 personas visitaron la prisión, incluidos ex convictos, ex guardias penitenciarios, oficiales navales, parientes de los prisioneros, médicos, sacerdotes y abogados. **De ellos, la única que se quejó u objetó los procedimientos de Zimbardo fue Christina Maslach.**

El último día, Zimbardo organizó tres reuniones: una con los guardias, otra con los prisioneros y la tercera entre guardias, prisioneros y equipo científico. Lo hizo, según dice, "para sacar nuestros sentimientos de adentro y para hacernos un tiempo de reeducación moral".

El Experimento de la Prisión de Stanford fue severamente criticado por intelectuales de distintos sectores y tendencias. Lo menos que se dijo de él fue que fue antiético, moralmente objetable, violatorio de los derechos humanos y caminante del peligroso límite de lo anticientífico.

Algunas personalidades se enfrentaron con Zimbardo, como por ejemplo el prestigioso psicólogo social [Erich Fromm](#), quien demostró que las conclusiones de Zimbardo acerca de la autoselección y identificación de los participantes -incluido él mismo- con sus roles eran imposibles de

generalizar. Fromm prueba, utilizando conocidos ejemplos extraídos de los campos de concentración nazis, que Zimbardo está equivocado al concluir que la presión institucional modifica las personalidades de los individuos. Por el contrario, según Fromm, la personalidad del individuo determina su conducta cuando está prisionero, contradiciendo completamente los resultados de Stanford. También expone Fromm que las tendencias sádicas de los individuos no podían predecirse con los tests que se efectuaron sobre los participantes.

Además, se ha sostenido que, estando Zimbardo tan involucrado, y teniendo tanto poder para influir en el desarrollo de la situación -era el Superintendente-, difícilmente puedan calificarse sus conclusiones de imparciales o neutrales.

Las conclusiones obtenidas oscilan entre lo anecdótico y lo subjetivo, y no llegan a resultado científicamente comprobable alguno.

Es muy posible que los integrantes del estudio se hayan comportado como lo hicieron por causa de la presión de lo que se esperaba de ellos, convirtiéndose por tanto en estereotipos y no en personas reales.

La validez ecológica del experimento también está, hoy, en tela de juicio. Como las condiciones de todo el proceso fueron arbitrarias y no relacionadas con las de una prisión real, se sigue que no pueden aplicarse a estas los resultados de aquel. En la penitenciarías norteamericanas, que alojan a más de 2 millones de prisioneros, no se venda los ojos a los reclusos, no se los encadena juntos, ciertamente se les permite usar ropa interior y no se les prohíbe mirar por las ventanas ni usar sus nombres.

El estudio de Zimbardo fue sumamente determinista: si bien se detiene en describir el comportamiento cruel de "John Wayne" y menciona de pasada que otros guardias eran "buenos" con los prisioneros, no hace ningún intento de explicar estas diferencias.

Por último, el universo de muestra era muy pequeño, sólo 24 personas estudiadas durante cinco días, que no pueden en absoluto aportar conclusiones generales a aplicarse sobre una población penal de varios millones de personas.

Para concluir, mencionaremos que cuando tomó estado público el maltrato, abuso, violación y asesinatos de prisioneros durante la Guerra de Irak en la prisión de Abu Ghraib por parte de militares norteamericanos, Zimbardo echó mano de sus papeles y participó de la defensa de Ivan Frederick, uno de los culpables, argumentando que el sistema lo había impulsado a proceder de esa manera.

Como no convencieron a sus colegas científicos, los resultados de Stanford tampoco consiguieron impresionar al tribunal, que pese a Zimbardo condenó a Frederick a ocho años de prisión en una cárcel militar.

El Experimento Stanford intentó reproducirse por medio de un *reality show* televisado por la BBC de Londres en 2001 (*The Experiment*). Tras un puñado de capítulos, el programa fue cancelado porque la compañía de seguros se negó a asegurar a los participantes, visto el maltrato a que se los sometía.

Si bien su validez está seriamente cuestionada, el Experimento Stanford aún sigue dando tela para cortar, especialmente en torno a las preguntas de si el avance científico justifica las violaciones de derechos humanos, o si debe permitirse que el afán de conocimientos conduzca, como en este caso, a situaciones de crueldad, humillación y abuso de personas.